B. Martín Sánchez

LA MALICIA DE LA BLASFEMIA
A base de ejemplos

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/ Recaredo nº 44 - 41003 Sevilla
www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

ISBN. 84-7770-659-X
Depósito legal: M. 116.026-2006
Impreso por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)
Impreso en España / Printed in Spain

PRESENTACIÓN

Hoy, desgraciadamente, está muy extendido el pecado de la blasfemia, y si bien ya he escrito algo sobre ella en diversos libros, ahora me muevo a hacer este opúsculo porque me lo pide un amigo de Valencia con estas palabras: «Es cierto que ha escrito en sus diversos libros ideas y ejemplos sobre la blasfemia, pero necesitamos uno dedicado sólo a ella, porque creo que nos es, fácil y cómodo tener un pequeño libro u opúsculo para combatir y hacer propaganda de este pecado tan extendido».

He reflexionado sobre lo que me dice este amigo, y a mis 100 años me decido a complacerle y limitarme a hacer o recopilar en un folleto los diversos ejemplos diseminados en los diversos libros que he escrito.

Estos nos hablan de la existencia de Dios y de sus castigos, y, como veremos, éstos

recaen sobre los que continuarán blasfemando y no quieren enmendarse.

Hoy, por desgracia hay muchos que blasfeman contra Dios Son ateos ignorantes que no saben el mal que se hacen al blasfemar. ¿Quién puede dudar de la existencia de Dios? Las casas los relojes y cuantas cosas existen no se han hecho solas. Un reloj por ejemplo, no se hace solo, lo hace un relojero. Así podemos decir de las casas y palacios. Pues este mundo, ¿se habrá hecho solo?

Este mundo supone un ser omnipotente que lo ha hecho y éste es Dios.

Por ser grande la malicia de la blasfemia, hablemos de ella a base de ejemplos, y tengamos presente que Dios misericordioso espera los blasfemos a que se arrepientan, y sino lo hacen les llegará su castigo. Los que oyen blasfemar deben decir: ¡Alabado sea Dios! Y llamarles la atención para no ser cómplices.

Benjamín Martín Sánchez
Zamora, 17 agosto de 2005

DOCTRINA SOBRE LA BLASFEMIA

Antes de la exposición de los diversos ejemplos sobre la malicia de la blasfemia, expondremos algunos textos de la Santa Biblia que realzan el nombre de Dios y la gran maldad que encierra toda blasfemia:

«Desde donde sale el sol hasta donde se pone sea alabado el nombre de Yahvé (= el Señor)» (Sal.113, 3).

«No tomarás en falso el nombre de Yahvé, tu Dios, porque no dejará Yahvé, sin castigo al que toma en falso su nombre» (Ex.20, 7).

«Quien blasfemare el nombre Yahvé, será castigado con la muerte; toda la asamblea lo apedreará» (Lev.24, 16).

«No blasfeméis el nombre de vuestro Dios» (Lev.18, 2,1).

El profeta Isaías dice: «¿Sabéis de quién habéis blasfemado y contra quien

levantasteis la voz? Contra el santo de Israel» (Is. 32, 23)

«La boca del blasfemo está llena de maldición», dice el salmista (9,7).

Al ver lo extendida que está hoy la blasfemia y los muchos blasfemos existentes, bien podemos decir con el profeta Isaías (y pone estas palabras en boca de Dios) «Mi nombre, dice el Señor, es blasfemado diariamente» (52,5).

San Agustín dice:»Los que blasfeman de Jesucristo que reina en el cielo, no son menos pecadores que los que le crucificaron en la tierra» (De moribus).

Blasfemia es toda expresión insultante contra Dios, la Virgen, los Santos o cosas sagradas: ya sea con palabras, gestos, signos, dibujos, etc.

Dios castiga mucho la blasfemia. A veces, también en esta vida. Otros pecados pueden hacerse por debilidad o por sacar

algún provecho; por ejemplo robar. Pero el que dice blasfemias no saca nada. La blasfemia es un pecado que va directamente contra la majestad de Dios. Por eso a Dios le duele tanto y lo castiga con gran rigor. La blasfemia es un pecado diabólico.

Si crees en Dios, comprenderás que es un disparate insultarle. Y si no crees, ¿a quién insultas?

Lo que pasa es que a veces se dicen blasfemias sin darse cuenta del todo. Por mala costumbre.

Entonces lo que hay que hacer es proponerse muy en serio quitarse la mala costumbre, pues aunque la blasfemia que se escapa sin querer no es pecado grave, puede serlo el no poner empeño en corregirse. Y siempre son de muy mal ejemplo. Oyéndote blasfemar, empiezan a hacerlo también los que antes no lo hacían: tus hijos, tus compañeros de trabajo, etc. Para

corregirte puede ayudarte el ponerte un pequeño castigo. Por ejemplo, estar tantos días sin fumar cuantas blasfemias se te escapen. Si te gusta el tabaco verás qué pronto te corriges. Si no te atreves a tanto, prívate de algún cigarro, haz cualquier otro pequeño sacrificio; pero no dejes la falta sin castigo. Si no fumas, prívate de otra cosa que te guste mucho. Si no se te ocurre otra cosa, podrías dar unos euros de limosna por cada falta. El ponerse castigos, es el mejor medio para corregirse de un defecto. Si en alguna ocasión oyes alguna blasfemia y puedes corregirla, hazlo así. Y si no puedes, di: «Alabado sea Dios». Si lo dices en voz alta, mejor; y sino te atreves, al menos, dilo en voz baja.

«No hay cosa peor que la blasfemia» (S. Crisóstomo). «El blasfemo tiene un cómplice, y es éste; el que oye blasfemar y no protesta».

EJEMPLOS SOBRE LA BLASFEMIA

1

La blasfemia deliberada es la más grave ofensa al nombre santo de Dios. Es un pecado gravísimo que sólo la ignorancia puede excusar.

En el Levítico se nos narra, cómo en el pueblo de Israel, se castigaba al reo de blasfemia: Un hombre de padre egipcio riñó en el campamento con un israelita y maldijo el nombre de Dios. Fue encarcelado hasta que Moisés de parte de Dios, pronunciase lo que había de hacerse. Y Dios mandó sacar del campamento al blasfemo y toda la asamblea lo apedrease (Lev. 24, 16).

2

La blasfemia es el lenguaje del infierno. San Jerónimo oyendo a uno blasfe-

mar, le recrimino, y como le preguntasen por qué se metía con él, les dijo:»Los perros ladran en defensa de sus amos, ¿me callaría yo cuando oigo blas-femar el santo nombre de Dios? ¡Podré morir, pero no callar!».

3

En América había un ateo que daba mucho que hablar por su furor sectario: Wiygney. Un día entre unos amigos se excitó hasta decirles: Para que veáis claramente que no existe Dios yo desafío aquí a ese omnipotente que decís: a que me haga morir de repente. Pero no temáis, no sucederá nada precisamente porque no existe».

Apenas dijo esto cayó muerto. Este suceso verídico, causó enorme impresión en Estados Unidos.

4

Cuenta San Gregorio Magno que en sus tiempos había en Roma un niño de unos seis años de edad que blasfemaba como un demonio por la menor cosa que le hiciesen. Un día, mientras su padre le tenía en sus brazos, el niño blasfemo gritó, temblando todo él: Padre, defiendeme, pues veo venir un animal que me quiere llevar. Y profirió una terrible blasfemia. Aquella fue la última, porque al instante murió. Lloró aquel padre por no haber corregido nunca al hijo, aún tan pequeño y ya tan gran pecador.

5

En una hostería de una villa suiza, un joven llamado Juan Ritter se las daba de blasfemar más que nadie de los allí presentes y, acometiendo a cualquier compañero, lanzaba las más horribles blasfemias.

Todos los presentes permanecían aterroriza-dos cuando, de repente, nadie pudo oír ya más su voz, quedó mudo; el infeliz gesticulaba y agitaba la lengua, había perdido el habla, que ya no recobró jamás.

6

Un religioso lego encontró por un camino a un obrero que blasfemaba horrorosamente, y le preguntó: Buen hombre, ¿venís por ventura del infierno?

No entendió el blasfemo la indirecta y pidió explicaciones. Le dijo entonces el religioso: Yo hablo español, porque soy de España. Cuando oigo hablar en italiano, pienso que quien así habla procede de Italia, como procede de Francia quien habla francés. Mas cuando oigo blasfemar me imagino que oigo a algún escapado del infierno, porque la blasfemia es el lenguaje oficial de aquel país.

7

Allá por el año 1882 toreaba en la plaza de Madrid el famosísimo Rafael Molina «Lagartijo». Junto a la puerta de entrada se habían quedado formando corro varios banderilleros de diferentes cuadrillas. Uno de los peones de la lidia, en una exclamación espantosa, lanzó una blasfemia horrible. Al oírle Lagartijo, se dirigió al imprudente blasfemo y le dijo:

Oye, tú, ¿con que cara te presentarías delante de este divino Señor que acabas de insultar si te cogiera un toro esta tarde? El banderillero, con visible emoción, balbuceó torpemente algunas palabras de excusa, y en cuanto presenciaron la escena no dejaron de hacer impresión las palabras del maestro.

8

En Namur (Bélgica) un niño de 10 años que frecuentaba las Escuelas

Cristianas tenía, por desgracia, un padre blasfemo. Un día el niño volvió a casa más tarde de lo acostumbrado, lo que bastó para que el padre desencadenase las más bárbaras blasfemias. El niño, horrorizado, se postró de hinojos ante el padre y exclamó entre lágrimas: «Si quiere, pégueme; estaré contento; mas no ¡maltrate el santo nombre de Dios!».

La lección sirvió, y el blasfemo, habiendo reflexionado un poco, desde aquel momento no volvió a blasfemar.

9

El diario «La voce d'Italia» del 7 de mayo de 1902 daba la noticia de que en Génova, junto a la iglesia de San Teodoro, un individuo no permitía la entrada de las personas en aquel templo y echaba terribles blasfemias contra ellos y contra la Virgen y Dios.

De súbito, el blasfemo enmudeció, palideció y cayó al suelo como fulminado. Fueron a socorrerle, mas el desgraciado estaba ya muerto.

10

En una reunión en que el orador quería probar que la existencia de Dios no es más que un mito, aquel terminó diciendo así: Y ahora mismo, que un ángel de vuestro Dios descienda del cielo y castigue mis blasfemias.

Aún no había pronunciado la última palabra cuando se levantó uno de los oyentes, que era el herrero del pueblo, y, encarándose con el blasfemo, le dijo: No vale la pena molestar a los ángeles para una cosa tan sencilla, de la que yo mismo puedo, encargarme. Y, diciendo y haciendo, se dirigió al blasfemo y de un manotazo le hizo rodar del estrado abajo.

11

Nos lo cuenta el gran poeta de Cataluña, Joan Maragall. Volvía de Francia, y en el mismo departamento de un coche de primera viajaban con él tres caballeros franceses. Los frenos del tren apretaron fuertemente las ruedas... estaban en la estación. En aquel momento un empleado del ferrocarril, con voz lenta y sonora, cantaba: «Irún...». Y en aquel mismo instante estallaba en el andén una asquerosa blasfemia.

Uno de los caballeros franceses se volvió a sus compatriotas y, con sonrisa burlona, les dijo:

«Una blasfemia... Estamos en España». Y dice Maragall, que era un gran patriota: «Entonces sentí vergüenza de ser español».

12

M. Magdalena Postel, siendo niña, contemplaba sin temor, y hasta con profunda alegría la tempestad. Y al oír un trueno tremendo empezó a aplaudir: «¿Cómo es que te alegras tú cuando todos tiemblan?», le preguntó su madre. «Me alegro, contestó la niña, porque ahora no se injuria tanto a Dios. Ahora los hombres malos no se atreven a blasfemar su santo Nombre. Quisiera que siempre hubiese rayos y truenos». Y casi nonagenaria, repetía aún la Fundadora, dirigiéndose a sus hijas: —Entonces los impíos temen el castigo de Dios, y por lo menos durante la tempestad no blasfeman».

13

Don Eustaquio Nieto y Martín, cuando era obispo de Sigüenza, visitó en 1922 a Su Santidad el Papa. Al darle cuenta per-

sonalmente del estado de su diócesis, y declararle que, según los informes de casi todos los párrocos, el vicio más general era la blasfemia, sintió tal vergüenza que se sonrojó. El Pontífice, alentándole le dijo: «Esta es una desgracia universal, Sr. Obispo; pida al Señor en sus oraciones y emplee los medios que le sugiera su celo para que desaparezca de su diócesis esa plaga, que tanto degrada al hombre».

14

Sardá y Salvany cuenta el caso de un General que tenía el vicio de blasfemar. Cayendo enfermo fue cuidado por una Hermana de la Caridad. Esta le pidió que en señal de agradecimiento por sus servicios dejase de blasfemar. El General no quiso prometérselo, por temor de no saber cumplir. Entonces la Hermana le pidió que cada vez que soltase una blasfemia le

diese cinco pesetas para los pobres. El General lo prometió, y cumplió. Pero como el blasfemar le iba resultando más caro que los gastos de su enfermedad, empezó a dominarse. Llegó un día en que no tuvo que dar una sola peseta a la Hermana, la cual obtuvo entonces de él palabra de honor de que no blasfemaría más.

Todos los blasfemos debieran reflexionar sobre la malicia de la blasfemia y poner los medios para quitar tan fea costumbre, pues además de ser una gran ofensa a Dios es una falta de cultura y educación. También se debe evitar toda maldición o escarnio de la religión.

15

Pasaron 120 años sin que Mesina hubiese padecido ningún terremoto. En Navidad de 1908 una publicación marxis-

ta se permitió insertar la siguiente broma: «Niño Jesús, envíanos de nuevo, si es que puedes, un terremoto». Esto fue el 24 de diciembre. El 28 fue el espantoso «terremoto de Mesina»; en pocos minutos murió una tercera parte de los habitantes, el incendio que siguió al terremoto destruyó casi toda la ciudad. Entre los escombros se encontraron jirones del periódico blasfemo.

16

El 14 de junio de 1933 había de pasar por las calles de Nantes la procesión del Corpus. El periódico comunista «Travailleur» invito a los padres de Nantes a protestar contra la procesión mediante una excursión en vapor. En el interior del buque se colocaron banderitas y letreros burlándose de la procesión. El vapor se hundió, y de los centenares de

personas sólo poquísimas pudieron ser salvadas.

17

Cuando San Policarpo, obispo de Esmirna, fue llevado al suplicio, le dijo el procónsul romano «Maldice de tu Cristo, y al momento te pongo en libertad». Y el santo, ante esta propuesta diabólica, levantó los ojos al cielo y con un gran suspiro exclamó: «Hace ochenta años que sirvo a mi Señor Jesucristo y ahora he de blasfemar de Él ¿Qué mal me ha hecho? ¡Él es mi Dios, mi Salvador, mi Soberano Bienhechor!...». Y Policarpo murió mártir, bendiciendo el santo Nombre de Dios.

El blasfemo hace peor que un perro que muerde la mano de su dueño y bienhechor. ¡Se sirve de la boca y la lengua, que Dios le ha dado, para maltratarle!... ¿Se puede dar peor ingratitud?

18

Hace años (algún anciano lo recordará), un labrador de Albujón (Murcia) furioso por un gran temporal que le había destruido la cosecha, empezó a blasfemar como un energúmeno, y no contento ya con las palabras. Tomó su carabina, la cargó y empezó luego a descargarla contra el cielo.

Había disparado algunos tiros cuando, repentinamente, quedó mudo con los brazos alzados a lo alto sin poderlos bajar, y los ojos fijos en el cielo, sin poderlos mover. Así pasó largo rato sin poderse curar de su mudez. Hoy siguen blasfemando muchos, Dios misericor-dioso os esta tolerando y esperándolos a enmienda, pero si no se arrepienten, ya les llegare su castigo.

19

Cierto soldado que maldecía muy a menudo, fue a confesarse; el confesor le impuso por penitencie besar el suelo cada vez que dijere alguna blasfemia. Estando en una batallase le escapó una blasfemia, y al punto se apresuró a cumplir la penitencia allí mismo; mas he aquí que en el momento de estar arrodillado pasó por encima de él una bala de cañón, la cual ciertamente le habría dejado en el sitio, si hubiere estado de pie. De esta manera dispuso Dios que la exactitud en cumplir la penitencia, le salvara la vida a aquel soldado.

20

Los dos siguientes ejemplos son de dos sacerdotes de en tiempos de le guerra civil española, que prefirieron morir entes que blasfemar.

Don Vicente Velero Almudever Cura ecónomo de Puzol (Valencia), fue detenido en Valencia el 17 de agosto de 1936, en el domicilio de una familia que lo había acogido, lo llevaron a Puzol, según dijeron para hacerle unas pregón-tas, y dice el doctor José Zahonero en su obra «sacerdotes Mártires» lo siguiente: «Cuando el día 17 llegó Don. Vicente a la residencia del Comité de Puzol, se le maltrató cruelmente a puñetazos y pata-das, martirizándole largo rato, e incluso se le pinchó con una aguja alpargatera pare que confesare donde había escondido la imagen de la Patrona, y al no conseguirlo siguieron con los insultos y palos, haciéndole vaciar la letrina.

Le llaman otra vez: «Ahora has de blasfemar», le dicen, y contesta: «Antes me cortaréis la lengua». Le dan otra paliza. La sangre mana a borbotones de su

boca: «Blasfema o te mataremos». «Matadme si queráis, pero no blasfemaré jamás». Siguen los atroces golpes... y nada. En vista de ello lo llevaron por el camino de Barcelona e la entrada de la hijuela de Rafebuñol, y allí luego de decir:: «os perdono» y besar su mano, se apartó un poco de ellos, para que pudieran matarle, y les dijo dulcemente: «Cuando ustedes quieran»,y sonó la descarga que lo mató.

Uno de ellos, al darle el tiro de gracia, exclamó: «¡Hemos matado a un santo!».

21

Fernando Saperas. Este era un joven coadjutor de los misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, y uno de los 117 miembros que componían la Comunidad Claretiana de la Universidad de Cervera. (Casi todos fueron martiriza-

dos en Barbastro, unos en grupos y otros aisladamente). El Hermano Saperas, después de dos semanas, fue detenido en la «Rabassa», oscuro caserío cercano a «Mas Claret»,y allí hubo de subir con los milicianos y con Bafuroll, dueño del caserío al auto que los condujo a todos a Cervera.

Por el camino, según explica Bafuroll, quisieron obligar al Hermano a blasfemar. El les había dicho antes que era un jornalero que buscaba trabajo para ganarse la vida...; como no les convenció, para averiguar si era lo que sospechaban, le pusieron en esta dura contingencia de blasfemar. Fue cuando él les dijo que era religioso y que no blasfemaría jamás. Le desnudaron en el coche para obligarle a cometer acciones inmorales. Resistió heroicamente... «Matadme, pero no me atormentéis de esta manera! «Te llevare-

mos a una casa de prostitución, allí... «eso jamás!...». Se le atormentó con verdadera saña y encono...y sabemos que las mismas prostitutas tuvieron que volver por los fueros de la humanidad y el decoro: «Si él no quiere, dejadlo, no le atormentéis de esta manera»... Durante tantas tentativas aquel valiente atleta de la Virgen tuvo tiempo de sufrir muchas injurias.

Por fin lo llevaron al cementerio de Tárrega con gran despecho y, rabia...y en presencia de los que le iban a asesinar, el hermano, según dice un testigo, pidió permiso para hablar, y repitió entonces tres veces:: «Padre, perdónales que no saben lo que hacen»,terminando también como el Divino Maestro con un grito vigoroso y triunfal: «¡Viva la Religión!», que resonó entre los cipreses, confundido y con las descargas de los fusiles (Véase mi libro: «Florilegio de mártires”).

Flecha de Oro en Reparación de las blasfemias

Era el 26 de agosto, día después de la fiesta de San Luis, Rey de Francia. .La hermana Marie Saint-Pierre, hacía la oración de la noche al pie de la Cruz. El Salvador le dijo: *«He oído tus suspiros, he visto el deseo que tienes de glorificarme. Mi Nombre es por todos blasfemado, ¡hasta los niños blasfeman! Este horroroso pecado, más que los demás, hiere dolorosamente mi Corazón: con la blasfemia, el pecador me maldice cara a cara, me ataca abiertamente, aniquila Mi Redención y él mismo pronuncia su condenación. La blasfemia es una flecha venenosa que hiere continuamente mi Corazón. Voy a darte una Flecha de Oro para que lo hieras deliciosamente y cicatrices las heridas de malicia, que me*

hacen los pecadores». Y le dictó la fórmula siguiente:

«Alabanza y veneración,
amor y adoración
sean dados al Santo Nombre de Dios
por todas las creaturas que viven en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra.
Especial adoración y alabanza
sean dadas al Divino Nombre de Jesús
presente en todos los sagrarios
y también a su Sagrado Corazón
y al Inmaculado Corazón de María.
Oh mi Jesús,
deseo que tu amorosa sed de amor
por las almas sea siempre satisfecha
y que todos los corazones de los hombres
Te amen y Te consuelen.
Amén.»

OTROS LIBRITOS DEL MISMO AUTOR

JESUCRISTO
4067 ¿Quién es Jesucristo?
4068 Jesucristo ¿Quién es?
4069 Jesucristo es Dios, el Creador
4070 El Corazón de Jesús quiere reinar
4071 Lecciones de Jesucristo
4072 La Pasión de Jesucristo nos revela su gran Amor
4073 Jesús de Nazaret, Vida ilustrada

CATECISMOS
4095 El Catecismo Más Bello, 80 págs.
4096 El Catecismo Ilustrado, 160 págs.
4097 El Valor del Catecismo
4098 El Niño y su Educación
4101 Síntesis Completa del Catecismo de la Iglesia. Con 236 págs.